

PLUMROSE

RON GOULART

El hombre de las patillas rojizas me dirigió una afable sonrisa. Luego se acercó a mí y me ofreció un sombrero y una especie de abrigo. Debajo del brazo llevaba una caja cuadrada que parecía un teléfono de campaña. Por la calle pasaba un tranvía, y cuando el hombre me habló no pude oír lo que decía. Detrás del hombre había un carro cargado de cerveza y tirado por un caballo.

Algo me advirtió que si aceptaba las ropas quedaría comprometido. Vacilé, mirando atrás por encima de mi hombro. El edificio de mi oficina se encontraba todavía allí. Pero su aspecto era más nuevo y reluciente, y delante de él había un hombre con una barba negra y un traje pasado de moda.

—Temo que le costará un poco acostumbrarse —dijo el hombre de las patillas rojizas—. Espero que lo comprenda y nos conceda unas cuantas horas de su tiempo.

Llevaba casi un año trabajando para la empresa publicitaria Caulkins-Nowlan. Cada mañana, a las diez y cuarto, salía de mi oficina y daba la vuelta a la manzana hasta un lugar llamado *Crescent Coffee Shop*. Sabía que ahora el establecimiento no estaría allí. Y sabía que, por algún motivo desconocido, no estábamos ya en el mes de septiembre de 1961, en San Francisco.

No me di un manotazo en la frente, ni me puse a gritar. Noté una leve sensación de malestar en la boca del estómago, y eso fue todo. Hay personas que andan un par de manzanas después de haber recibido un tiro mortal de necesidad. Uno no sabe nunca cómo va a reaccionar.

—¿Estaba usted esperándome? —le pregunté al hombre.

—No a usted, específicamente —dijo. Volvió a sonreír—. Esperaba a alguien de su profesión. —Me ofreció de nuevo el sombrero y el abrigo, con cierto apremio—. Póngase esto y no perdamos más tiempo. Corremos el peligro que aquel individuo le vea materializarse.

Me puse el abrigo. Me quedaba un poco estrecho, o quizás aquella era la moda. Me puse el sombrero, el primero que llevaba desde que había llegado a San Francisco.

—¿Materializarme? —inquirí, mientras el hombre me tomaba del brazo.

—Tengo un carruaje esperando cerca de aquí —me dijo—. Deseo que me haga el favor de acompañarme a mi casa y hablar con mi hija. Por el camino puedo explicarle la situación.

—De acuerdo —dije.

Mi único deseo, en aquel momento, era que me explicaran la situación.

Subimos al carruaje, el cual se encontraba en una avenida que no recordaba haber visto nunca allí. El hombre de las patillas rojizas colocó con cuidado la caja cuadrada en el asiento, entre nosotros, y luego dio orden al cochero de emprender la marcha.

—Mi nombre es Gibson G. Southwell —dijo.

—Y el mío Bert Willsey —respondí. Estaba examinando las calles, la gente—. ¿En qué año estamos? ¿Alrededor de 1890?

Southwell sonrió.

—Es usted muy perspicaz. Tiene que serlo, dada su profesión. Estamos a 20 de septiembre de 1897.

—¿Y cómo me ha traído usted aquí?

Southwell colocó una mano sobre la caja cuadrada.

—Es un invento de Plumrose. Debo disculparme, señor Willsey, por estar lo bastante desesperado como para utilizarlo. No parecía quedar otro recurso. Espero que a la puesta del sol estará usted de regreso a su verdadera época.

—Aun así, me habré tomado un descanso endiabladamente largo para tomar café —murmuré. El

carruaje parecía di-rigirse hacia la Nob Hill—. ¿Por qué está tan desesperado?

—Mi hija, Emily, se ha enamorado de un sinvergüenza —dijo Southwell, hundiéndose ligeramente en el asiento de cuero negro.

—¡Oh!

Había muchos árboles por todas partes, con las hojas do-radas por el otoño.

—La cosa empezó cuando Emily decidió arreglarse la den-tadura. Nuestro dentista había fallecido y escogimos a uno que nos recomendó una amiga íntima, la hija de un respeta-ble directivo de la empresa de ferrocarriles. Yo, por mi par-te, me dedico a la importación de té en gran escala. Pero, continúo. Mi hija se enamoró del dentista en cuestión. Verá, mi esposa desapareció mientras realizaba un crucero de pla-cer por el Sacramento, hace tres años. Desde entonces, he tenido que cuidar de Emily como si, además de su padre, fue-ra su madre.

—Hace un rato mencionó usted un nombre —dije, quitán-dome el sombrero y colocándolo sobre mis rodillas—. ¿De quién se trata?

—¿Se refiere usted a Plumrose? —inquirió Southwell, par-padeando y enarcando las cejas—. ¿Acaso no ha oído usted hablar de Edwin Plumrose?

—Creo que no.

—¿Que no ha oído hablar de Plumrose, el famoso detective fantasma, el investigador de lo desconocido? Plumrose pe-netra los secretos de la Naturaleza más celosamente guarda-dos. Él inventó este rayo del tiempo.

—¿Fue idea suya traerme aquí?

Southwell se encogió de hombros.

—Todos los demás recursos fracasaron. Sin embargo, me consta que ese dentista es culpable. Pero es un hombre listo, muy listo. Mi buen amigo Plumrose consintió en asesorarme, a pesar del hecho que no se trata de un caso de ocultismo.

—Para mí, como si lo fuera —dije, mientras el carruaje penetraba en un enarenado sendero—. Todavía no sé por qué estoy aquí.

—¡Oh, sí! —dijo Southwell.

El carruaje se detuvo delante de una enorme mansión de estilo Victoriano. Nos bajamos. Southwell tomó cuidadosamente la caja cuadrada y echamos a andar hacia la casa. Al llegar al primer peldaño de la escalinata, Southwell me aga-rró del brazo y nos detuvimos.

—Plumrose ha llegado a la conclusión que en la época de usted el caso habrá sido resuelto —me explicó—. Opina, también, que el presente puede ser modificado por un exper-to, y hay que reconocer que Plumrose lo es. De modo que le hemos traído a usted aquí para que hable con Emily y le explique cómo terminó el caso. Cuando le haya contado lo que sabe de ese hombre, bendicirá los esfuerzos que hemos realizado para apartarla de él.

—Un momento, señor Southwell —dije—. ¿A qué caso se refiere usted?

—Claro. ¡Conoce usted tantos! Perdóneme. Mi ansiedad paternal me ha conducido a hablar con cierta incoherencia. Me refiero al famoso caso del asesino de la Nob Hill. Temo que el hombre del cual se ha enamorado Emily sea el ase-sino. Tengo varios motivos para creerlo. Emily se niega a dejar de verle, y, como no soy un padre anticuado, no quiero utilizar la fuerza para impedirselo. El hombre se llama Leo X. Guthrie.

Southwell espió ansiosamente mi rostro.

Finalmente, asentí.

—Leo X. Guthrie —repetí.

—Entonces, estoy en lo cierto. *Es* el asesino de la Nob Hill.

—Señor Southwell —dije, siguiéndole escaleras arriba—, nunca he oído hablar de Leo X. Guthrie. La aldaba de bronce se desprendió de su mano.

—Es imposible que no sea el asesino.

—Puede serlo, y puede no serlo. Yo no puedo decirlo.

—Pero, en 1906 el caso tiene que haber sido resuelto...

Un mayordomo con una librea de guardarropía, de las que sólo se ven en el teatro, nos abrió la

puerta y se hizo cargo de nuestros abrigos y sombreros. A continuación, Southwell me introdujo en un amplio salón. En el hogar ardía un alegre fuego y, después de depositar el rayo del tiempo sobre una mesa con el tablero de mármol, Southwell acercó sus manos a las llamas.

—¿Qué tiene que ver 1906 con el asunto? —pregunté, inclinándome a examinar la caja cuadrada que me había hecho retroceder hasta 1897.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Luego, Southwell se precipitó a mi lado.

—¿Willsey! ¿No procede usted de 1906?

—No —respondí—. 1906 fue el año del gran terremoto en San Francisco. Mucho antes que yo naciera. Esta mañana, cuando salí a tomar café, era el 20 de septiembre de 1961.

Los dos nos inclinamos ahora para examinar los discos del rayo del tiempo.

—¿Dios mío! —exclamó Southwell, señalando el aparato—. La aguja indicadora de los años está ladeada. ¿Cree usted que se movió durante el viaje hasta aquí?

—No puedo decírselo, desconozco por completo el funcionamiento de esta máquina.

—Plumrose me garantizó que esta vez funcionaría.

—¿Esta vez?

—Hace unas semanas tropezamos con algunas dificultades al hacer avanzar y retroceder en el tiempo a un ratón. Plumrose me aseguró que la dificultad había sido eliminada.

—¿Qué le ocurrió al ratón?

—Lo perdimos en alguna parte alrededor de 1901.

—Bueno, me alegro mucho de haber tomado parte en este experimento científico, señor Southwell. ¿Qué le parece si ahora me devuelve a mi época normal, 1961?

—¿Y si queda usted encallado en 1901, como le ocurrió al ratón? —Southwell sacudió la cabeza—. Tendré que consultarlo con Plumrose.

—Entonces, no perdamos tiempo.

—Emily nos está esperando. Le dije a Bascom que la avisara. Bajará de un momento a otro. —Repentinamente, Southwell me tomó de un brazo—. Incluso un periodista de 1961 tiene que conocer el caso del asesino de la Nob Hill... Trate de recordar, por favor.

—Señor Southwell, lamento informarle que no soy periodista.

Southwell soltó mi brazo y retrocedió un par de pasos.

—Se lo advertí a Plumrose. Nos exponíamos a no atrapar a un periodista.

—No me extraña. ¿Cómo se les ocurrió pescar a una persona del futuro al azar?

—No fue al azar. ¿Por qué cree que estaba estacionado delante del edificio del *Chronicle* con el rayo del tiempo? Confiaba en dar con un cronista de sucesos, aunque cualquier reportero servía para el caso. Un reportero de 1906 podría darnos todos los detalles y poner término a esta situación antes que Emily sufra un daño irreparable.

Me senté en un cómodo sillón y apoyé la cabeza en el respaldo.

—Hace muchos años que el *Chronicle* se trasladó a otro edificio, señor Southwell. Ahora se encuentra en la Mission Street.

Southwell se acercó al hogar y se quedó en pie junto al fuego, en silencio.

—¿Te das por vencido, papá? Incluso Plumrose ha fracasado. Es la mano del destino, indudablemente. ¿No puedes olvidar tus absurdas sospechas y permitir que Leo y yo seamos felices?

Me volví hacia la puerta. En el umbral había una muchacha delgada, de cabellos negríssimos. Llevaba una falda que le llegaba a los tobillos y una blusa blanca. Guthrie podía ser un asesino, pero como dentista era excelente. Emily tenía una maravillosa sonrisa. En realidad, era la muchacha más hermosa que había visto desde que llegué a San Francisco. Me puse en pie. Siempre ocurre igual. Uno pierde el tiempo en los bares de Maiden Lane y de North Beach, y asistiendo a cócteles y reuniones, y nunca tiene suerte. De repente, le hacen retroceder a uno hasta 1897, y se encuentra con una maravillosa muchacha.

Southwell se encogió de hombros y me miró angustiada-mente.

—¿Puede usted decirnos algo, señor Willsey?

—Tengo una vaga idea de haber oído hablar de este asunto hace algunos años —dije, sacudiendo la

cabeza—. Nada concreto. Verá, trabajo en relaciones públicas. Publicidad, anuncios, etc. No estoy al corriente de los crímenes famosos.

—Tal vez al señor Willsey le gustaría tomar una taza de té —dijo la muchacha—. En esta casa tenemos té a todas horas —añadió, sonriendo débilmente.

Dije que me encantaría.

—Lamento no poder ayudarles, señorita Southwell.

—Puede ayudarnos dejando que las cosas sigan su curso —dijo Emily—. He decidido casarme con Leo, y si papá no nos concede su bendición tendremos que tomar medidas drásticas.

Southwell profirió una exclamación ahogada.

—Discúlpeme, señor Willsey. Voy a retirarme unos instantes. No tardaré en regresar.

Emily tiró de un llamador mientras su padre se encaminaba hacia la puerta.

—El té no tardará en llegar —dijo la muchacha—. Bascom debe estar jugando a cartas con alguno de los detectives de Pinkerton y es posible que no haya oído la llamada.

En tono casual, dije:

—¿Qué le hace pensar a su padre que Guthrie es un asesino?

Las fosas nasales de Emily se ensancharon, como se ensanchaban en 1897.

—Papá está equivocado. Nadie que conozca realmente a Leo puede creer que está relacionado con esos horribles crímenes.

—¿Qué es lo que ha hecho ese asesino, exactamente?

—Se dedica a asesinar muchachas jóvenes, utilizando un desagradable surtido de instrumentos quirúrgicos. Papá tiene la impresión que la odontología es un aspecto de la cirugía, y por eso sospecha de Leo.

—Su padre me dijo que Guthrie les fue recomendado por una amiga de ustedes. ¿Qué opina ella del asunto?

Emily palideció.

—Nuestra amiga fue la segunda víctima del asesino de la Nob Hill.

—Una desagradable coincidencia, ¿no cree?

En aquel momento, Southwell volvió a entrar en el salón.

—Tendrás que perdonarnos, querida. He decidido que vayamos a ver a Plumrose inmediatamente.

—Salúdenle de mi parte —dijo la muchacha—. Al margen de su comportamiento en este asunto, siento un gran respeto por él y por su trabajo. Pero la detección es una cosa, y el amor otra.

Southwell y yo salimos para ir a visitar a Plumrose.

Plumrose vivía en una casa de tejado puntiagudo que se alzaba en una calle de pendiente bastante pronunciada. La casa estaba rodeada por una verja de hierro, y entre la verja y las paredes de la vivienda la hierba crecía a su antojo.

Nos abrió la puerta una mujer baja y regordeta con aspecto de gitana.

—Señora Hoggins —dijo Southwell—, necesitamos ver a Plumrose en seguida.

La mujer se hizo un lado, mirando de soslayo la caja cuadrada que Southwell llevaba bajo el brazo.

—El señor Plumrose está en su estudio, tratando de comunicarse con Aristóteles.

—¿Algún nuevo caso? —preguntó Southwell, penetrando en el sombrío vestíbulo.

—No. Tiene ganas de discutir, simplemente, y yo no es-toy de humor para seguirle la corriente. —Me miró de arriba abajo—. ¿Éste es el tipo que ha pescado usted del futuro?

—Sí —dijo Southwell, colgando nuestros abrigos y sombreros en una percha—. Pero se ha producido un pequeño error.

—Lo sabía —dijo la señora Hoggins, dirigiéndose a mí—. Le advertí que ensayara el aparato con unos cuantos ratones más.

—¡Estupendo! —exclamó una voz profunda en algún rincón del vestíbulo—. Estaba a punto de establecer contacto con el secretario particular de Aristóteles, cuando empezaron a sonar voces en el vestíbulo y se cortó la comunicación. —Un hombre obeso, de rostro sonrosado y cabellos y patillas

blancas avanzó hacia nosotros. Llevaba una bata *art nouveau*, y sus bolsillos estaban llenos de papeles y objetos heterogéneos. Al darse cuenta de mi presencia, dijo—: ¿Éste es el cronista argonauta?

Southwell le mostró la caja del rayo del tiempo.

—La aguja indicadora de los años se ha ladeado.

—Baje a la bodega, señora Hoggins, y suba el coñac especial para nuestros huéspedes —dijo Plumrose.

—La bodega huele a demonios —replicó la mujer, ocultando las manos detrás de su delantal.

—Me extraña muchísimo —dijo Plumrose—. Hace menos de un año que ordené que la limpiaran...

La mujer se marchó, refunfuñando.

Plumrose nos acompañó a su estudio. Era una habitación casi tan sombría como el vestíbulo, debido a que todas las persianas estaban desplegadas. Plumrose se instaló en la única butaca en buen uso que había en la estancia. Southwell y yo tomamos asiento en dos sillas que amenazaban con derrumbarse bajo nuestro peso.

—Mi tío Wendell fue arrestado dos veces por intentar contra la vida de su criado —dijo Plumrose. Me contempló unos instantes en silencio. Luego añadió—: El joven no tiene mal aspecto, Southwell. ¿Qué es lo que ha pasado?

—No es del año apropiado —dijo Southwell, frotándose las manos nerviosamente—. Es de 1961.

Entregó a Plumrose el rayo del tiempo.

El obeso investigador examinó la caja.

—No me extraña —dijo—. La aguja indicadora de los años está torcida.

—Ya estaba así cuando usted me entregó la caja.

—¡Tonterías! —Plumrose sacudió la caja—. Vamos a ver qué nuevo estropicio ha causado usted, Southwell—. Abrió una diminuta ventanilla de metal y colocó la caja boca abajo. Se oyó un chillido al tiempo que un ratón blanco saltaba al suelo y desaparecía debajo de la alfombra—. ¿Cómo quiere que funcione, si deja que los ratones se metan dentro?

—En mi casa no hay ningún ratón —protestó Southwell—. Ése es uno de sus ratones experimentales.

—Su pata no está vendada —dijo Plumrose.

—Oigan —dije—. ¿Por qué no olvidan sus diferencias y me devuelven a 1961?

Plumrose sacó una varilla metálica del bolsillo de su bata y empezó a hurgar con ella en la caja del tiempo.

—Eso requerirá algún trabajo, señor...

—Bert Willsey —dije.

—Requerirá un cuidadoso trabajo, Willsey. Cometí el error de suponer que Southwell sabría utilizar un rayo del tiempo.

—¿Dónde podía aprender a utilizar un rayo del tiempo? Éste es el único que existe en el mundo.

—En cierta ocasión, mi primo Raymond guió un globo a través de cuatrocientas millas cuadradas de terreno desconocido, y hasta entonces no había despegado los pies del suelo —dijo Plumrose, dejando caer la caja sobre una otomana.

—¿Cuánto tardará en arreglarla? —pregunté.

—Unos cuantos días —respondió Plumrose.

—¡Lo que faltaba! Cuando regrese, seré un hombre desahogado y sin empleo.

—No se preocupe. Yo le daré un empleo aquí —dijo Plumrose—. Precisamente necesito un secretario. Para un periodista como usted será una buena ocasión de ampliar sus conocimientos.

—No es periodista —intervino Southwell—. Ése fue otro de los fallos.

—¿Ni siquiera pudo usted localizar el edificio del *Chronicle*?

—El *Chronicle* se había trasladado a otro edificio de la Mission Street —se disculpó Southwell.

Plumrose frunció el ceño y pareció sumirse en profundas meditaciones, al término de las cuales dijo:

—Bien, bien.

—Ni siquiera conoce a Leo X. Guthrie —explicó Southwell, poniéndose en pie—. Lamento el problema que se le ha planteado al señor Willsey, y me siento indirectamente responsable de él, pero esto no va a servirle de ayuda a mi pobre Emily.

—Resolveré el caso dentro de dos días —afirmó Plumrose. Y, dirigiéndose a mí—: ¿Qué es lo que hacía usted en el futuro?

—Publicidad.

—Entonces, servirá usted como secretario. Dentro de tres días le devolveré a su época.

La señora Hoggins llegó con una polvorienta botella de coñac y tres vasos sobre una bandeja de cobre.

—En la bodega hay tres duendes que se están be-biendo el jerez —dijo, mientras escanciaba el licor.

—No tienen mal gusto, los muy bribones —dijo Plum-rose—. En cuanto haya resuelto los problemas de Southwell y de Willsey me ocuparé de ellos.

—Como quiera. Pero ya sabe cómo se multiplican los duen-des.

La señora Hoggins ocultó las manos detrás de su delantal y se marchó.

Plumrose alzó su vaso.

—Vamos a brindar —dijo—. ¡Por el futuro!

Pasé la noche en casa de Plumrose. No podíamos hacer nada hasta que el rayo del tiempo estuviera arreglado, y Southwell se había marchado sin ofrecerme alojamiento en su casa. Me destinaron una habitación de techo muy bajo, en el segundo piso, que era utilizada como almacén. Traté de catalogar mentalmente el contenido de la habitación: amule-tos egipcios, montones de fotografías de seres raros, polvo-rientos manuscritos, gongs de bronce, tres serpientes diseca-das y un gran fajo de periódicos al lado del catre de tijera, al alcance de la mano. Me tumbé y empecé a hojear los periódicos. Eran de los primeros meses de 1897 y los manejé cui-dadosamente, temiendo que se desintegraran entre mis dedos. Pero se encontraban en perfecto estado de conservación. La cosa me extrañó, hasta que recordé que yo mismo *me encon-traba* en 1897.

Encontré varios artículos acerca del asesino de la Nob Hill. En aquella época, los periódicos no publicaban muchas fotografías: la mayor parte de sus ilustraciones eran dibujos. En un período de cinco meses y medio, el asesino de la Nob Hill había matado a seis muchachas. Cinco de ellas habían sido encontradas o habían vivido en la región de la Nob Hill: de ahí el apelativo asignado al asesino. Un dibujo a pluma de una de las víctimas me impresionó profundamente.

La muchacha se llamaba Hester Cheyney y habían encon-trado su cadáver en un callejón que desembocaba en la Clay Street, hacía un par de meses. Yo había visto en alguna parte el retrato de aquella muchacha. Pero no recordaba dónde.

En las últimas páginas de los periódicos, entre los anun-cios de cinturones magnéticos y gabinetes de masaje, encontré un retrato, también a pluma, de Leo X. Guthrie. Estaba in-cludido en un anuncio de su consultorio de dentista (extrac-ciones indoloras) de la California Street. Le reconocí. Había visto en algún lugar aquel retrato y el retrato de Hester Cheyney. Los había visto juntos.

Encendí un cigarrillo y cerré los ojos. Tiempo atrás, me-jor dicho, tiempo adelante, en 1956, había comprado un libro que hablaba de los casos criminales más famosos de los Es-tados Unidos. Y en aquel libro figuraba el retrato de Guthrie, estaba seguro.

Inmediatamente pensé en Emily Southwell. ¿Iba a ser ella la próxima víctima? No podía recordar ningún retrato de ella, ni que la citaran como una de las víctimas. Pero dado que Guthrie andaba suelto, era evidente que iba a cometer unos cuantos crímenes más. No podía recordar el número to-tal de sus víctimas. Si habían sido seis, no había nada que temer; pero no estaba seguro.

De lo que estaba seguro era del hecho que Guthrie era el asesino de la Nob Hill. Solté los periódicos y fui en busca de Plumrose.

Le encontré en su estudio, saboreando un vaso de coñac.

—¿Ha leído usted los periódicos? —me preguntó al verme.

—Sí. ¿Los dejó usted allí a propósito?

Plumrose asintió.

—Era lógico suponer que un caso tan famoso como éste sería conocido por mucha gente en el futuro. Los artículos y las ilustraciones de los periódicos han actuado sobre sus recuerdos tal como yo

esperaba. ¿Es Leo X. Guthrie el hombre?

Le dije que Guthrie era el hombre, y le dije por qué lo sabía.

—Tengo que contárselo a Emily —terminé—. Supongo que me creerá.

—Lo dudo —dijo Plumrose—. Lo mejor será atacar directamente a Guthrie. ¿Recuerda cómo fue descubierto?

—No. Lo único que recuerdo con exactitud son las foto-grafías, seguramente porque el autor del libro incluyó las que aparecieron en los periódicos de esta época.

—Me da la impresión que tiene usted dolor de muelas...

—Ahora que lo menciona —dije—, desde que estoy en 1897 me han dolido las muelas.

—Muy interesante —dijo Plumrose—. ¿Habla usted en serio? Sabemos muy poco acerca de los efectos de los viajes a través del tiempo.

Me toqué la mandíbula.

—No había pensado en ello hasta ahora, pero es cierto.

—Muy bien.

—Me presentaré en el consultorio de Guthrie en calidad de paciente y trataré de arrancarle una confesión.

—Sí. La mayoría de los grandes asesinos son hombres muy supersticiosos. Existen muchas posibilidades que usted consiga asustar a Guthrie hasta el punto de obligarle a confesar. Para más seguridad, advertiremos a Southwell que contrate a unos cuantos detectives.

—¿Qué ropa me pondré para visitar a Guthrie?

—Creo que puede utilizar la que lleva. El traje no es excesivamente futurista. Pero, en conjunto, produce un efecto vagamente desagradable. Inténtelo. Le servirán el desayuno a las ocho. Buenas noches.

—Buenas noches.

Regresé a mi habitación y estudié el retrato a pluma de Leo X. Guthrie.

Las seis sillas de la sala de espera del consultorio de Leo X. Guthrie estaban ocupadas. La media docena de pacientes eran todas muchachas lo suficientemente jóvenes y bonitas como para convertirse en la próxima víctima del Asesino. Creo que me estremecí, porque la joven y atractiva recepcionista me dijo:

—¿Le duele a usted mucho?

—No es nada —dije, sonriendo virilmente a las pacientes que me rodeaban—. Sin embargo, me gustaría que el Dr. Guthrie me revisara. Me lo han recomendado como un gran dentista.

—Bueno, puedo darle hora para las cuatro de esta tarde. ¿Le conviene?

Asentí.

—¿Su nombre, por favor?

Teniendo en cuenta que Emily podía haberle citado mi nombre a Guthrie, decidí utilizar un nombre supuesto.

—Maxwell Arnold, Jr. —dije, apropiándome de la personalidad del Descuartizador de Detroit.

—Bien, le esperamos a usted a las cuatro, señor Arnold.

Era poco más de la una, pero no quería dejar a Guthrie la posibilidad de huir.

—Gracias —dije—. Esperaré.

A las dos pude sentarme, y a las cinco fui introducido en el consultorio de Guthrie. Era un hombre alto, de piel muy blanca y cabellos y bigote negro-azulados.

—¿Dónde le duele, señor Arnold? —me preguntó, mientras me sentaba en el sillón.

—En ningún lugar concreto, doctor. Es un dolor de muelas general.

—Lleva usted un traje muy interesante. ¿Europeo?

—No —dije—. En realidad...

—Abra la boca, por favor.

Abrí la boca.

—El motivo...

—Ábrala más. No hable.

—He venido a...

—La cosa es grave —dijo Guthrie, golpeando uno de mis incisivos—. Quieto ahora, señor Arnold.

—Doctor Guthrie, sé que usted...

Guthrie aplastó una mascarilla de goma contra mi nariz y dijo:

—Respire hondo, señor Willsey. Cuando despierte, esto será una lección para usted. Así aprenderá a no interponer-se en el camino de los jóvenes enamorados.

—*Le acuso...* —dije, y quedé dormido.

Cuando me desperté era de noche. Estaba aún en el sillón del dentista, solo en el silencioso y oscuro consultorio. Sacudí la cabeza en pequeños círculos y me puse en pie. Mi traje 1961 no había impresionado lo más mínimo a Leo X. Guthrie.

Salí a la calle y eché a correr hacia el hogar de los Southwell. Emily no estaba en casa. Su padre me dijo que se había marchado a una fiesta que se celebraba en una casa vecina, y que temía que planeara reunirse allí con Guthrie. Le ase-guré que le ajustaría las cuentas a Guthrie antes de media-noche y me marché.

La fiesta se celebraba en el hogar del señor y la señora Hollis Havenhurst. La casa era un enorme edificio blanco con un por-che sostenido por columnas de mármol, rodeada de una gran extensión de césped. Uno de los salones de la planta baja estaba brillantemente iluminado. Dando un rodeo, me acer-qué sin hacer ruido a una de las ventanas de aquel salón. En el preciso instante en que acababa de localizar a Emily y a Guthrie, bailando muy acaramelados, una mano se posó so-bre mi hombro izquierdo.

—Vuélvase despacio —ordenó una voz autoritaria.

Obedecí. Un hombre que llevaba un abrigo y un sombrero negros me estaba apuntando con un revólver.

Murmuré:

—Estoy tratando de localizar a un amigo mío.

—Coloque las manos sobre su cabeza, muchacho —dijo el hombre.

Obedecí.

—La señorita Emily Southwell me está esperando —dije.

—No sólo no le está esperando, sino que teme verle apa-recer de un momento a otro, muchacho.

—¿Cómo dice? ¿De qué está usted hablando?

Introdujo una mano en el bolsillo de mi americana y sacó un escalpelo de plata.

—¿Es usted aficionado a la cirugía? —preguntó sarcásticamente.

—¡Un momento! —exclamé—. Puedo explicarlo todo. He caído en una trampa. El hombre que ustedes buscan es Leo X. Guthrie, un dentista. Debe haber colocado eso en mi bol-sillo. Mire, pregunte a la señorita Emily Southwell. Ella responderá por mí. Luego podemos avisar a la policía. Es usted un de-tective de Pinkerton, ¿no es cierto?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, muchacho. Soy el inspector de policía Rafferty McCafferty.

—Bueno, de todos modos puede pedir informes míos a la señorita Southwell.

—La señorita Southwell ya nos ha dado informes suyos: juró que estaba segura que usted era el asesino de la Nob Hill y que esta noche estaría merodeando por aquí. Acompañeme.

Así ingresé en la cárcel.

La fiesta de los Hollis Havenhurst había tenido lugar el viernes por la noche. El domingo, a primera hora de la tarde, Plumrose consiguió que me pusieran en libertad. Dijo que yo era ayudante suyo y que había estado vigilando a Emily de acuerdo con sus instrucciones. La policía de San Francisco apreciaba

mucho a Plumrose. Según McCafferty, Plumrose había ayudado eficazmente al Departamento de Policía en numerosas ocasiones.

Una vez en casa de Plumrose, me dejé caer en una de las sillas, olvidándome del peligro que el hacerlo representaba para mi integridad física.

—¿Por qué no fue a sacarme de allí el sábado? —pregunté.

Plumrose llenó dos copas de coñac.

—Me pasé el día encerrado en mi estudio, sin recibir ningún mensaje. Conseguí arreglar el rayo del tiempo.

—¿De veras? ¡Estupendo! —exclamé—. Devuélvame en seguida a 1961. Quiero perder de vista al asesino de la Nob Hill y a los desagradecidos Southwell. Que liquide a Emily de una vez. ¡Vaya jugarreta la de esa niña!

—El amor tiene los ojos vendados, Willsey, no lo olvide.

—Devuélvame a mi época y no se hable más del asunto —dije.

—Tendrá que esperar —dijo Plumrose—. Al parecer, el rayo del tiempo está arreglado. Sin embargo, teniendo en cuenta lo ocurrido anteriormente, quiero someterlo a unas cuantas pruebas.

Me encogí de hombros.

—Bueno. Adelante.

—Efectuaremos las pruebas mañana, a primera hora, con unos cuantos ratones. Si obtenemos los resultados positivos que espero, podrá usted marcharse a su época.

—De acuerdo —dije—. Esperaré hasta mañana.

—Así me gusta. Y, desde luego, si decide quedarse en esta época más tranquila, mi oferta de un empleo sigue en pie. —Al ver que yo no hacía ningún comentario, Plumrose continuó—: Todo este alboroto ha retrasado mis trabajos. Perdone que le deje solo.

Cuando Plumrose se hubo marchado, me tendí en la oto-mana y traté de quedarme dormido. Pero mi atención se sintió atraída por la caja del rayo del tiempo. Podían transcurrir varios días antes que Plumrose decidiera que estaba a punto. Era muy arriesgado, pero en el estado de ánimo en *que* me hallaba no me importaba arriesgarme. Utilizaría el aparato por mi cuenta y regresaría a 1961.

Me acerqué a la máquina. Lo único que tenía que hacer era colocar adecuadamente la aguja indicadora de los años y pulsar un par de interruptores. Plumrose me había explicado el funcionamiento del aparato. Coloqué la aguja en el año 1961 y apoyé el dedo índice en uno de los interruptores...

De repente se me ocurrió una idea. Lo más probable era que la casa de Plumrose no existiera en 1961 y que mi regreso se produjera en un lugar lleno de gente. No sentía el menor deseo de materializarme sobre la mesa de un comedor rodeada de comensales, o en medio de una pared. La solución era ir a un lugar que me ofreciera la seguridad que en 1961 estaría vacío. El parque de Golden Gate me pareció el más indicado.

Salí de la casa sin ser visto, con la caja bajo el brazo. La señora Hoggins había salido y Plumrose estaba demasiado absorto en sus experimentos para darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Cuando llegué al parque empezaba a oscurecer. Localicé un sitio que me pareció ideal: un claro alfombrado de césped, detrás de un grupo de cipreses. A mi alrededor, el silencio era absoluto. Las risas y los gritos de los chiquillos y de los paseantes parecían haberse desvanecido como por arte de magia. Dejé la caja en el suelo y comprobé la posición de la aguja. Durante el trayecto hasta el parque había retrocedido a 1936. Volví a colocarla en el 1961 y apoyé un dedo en el interruptor.

Una muchacha gritó.

Vacilé. Me había parecido percibir algo familiar en el grito.

La muchacha volvió a gritar.

—Leo, ¿me habré equivocado contigo, después de todo?

Una bicicleta cayó al suelo. Luego, otra.

—Quédate quieta y no trates de luchar —dijo la voz de Leo X. Guthrie—. Como comprenderás, no te he traído a este apartado lugar para un vulgar interludio romántico.

—¡Dios mío! —exclamó Emily.

Recogí del suelo la caja del tiempo y eché a correr hacia el lugar de donde procedían los gritos. Al

final del claro, el terreno formaba una ligera pendiente. Y abajo, a unos veinte pies de distancia, Leo X. Guthrie estaba inclinado sobre la caída Emily Southwell. Guthrie empuñaba un bisturí en su mano derecha, mientras sujetaba a Emily con la izquierda.

—¡Eh, Guthrie! —grité—. ¡Suéltala, maldito asesino!

Se volvió a mirarme por espacio de un segundo y estalló en una diabólica carcajada.

—¡Demasiado tarde, Willsey! —gritó con expresión de triunfo.

Levantó el bisturí para apuñalar a Emily.

Bueno, no disponía de tiempo para recorrer la distancia que me separaba del asesino, saltar encima de él y evi-tar que apuñalase a Emily. De modo que jugué la única carta que tenía en la mano: la caja del tiempo. Fue un buen lan-zamiento. El pesado aparato se estrelló contra la sien de Guthrie, el cual se desplomó sin lanzar un gemido.

Emily no se desmayó. Se puso en pie y, a la incierta cla-ridad del atardecer, vi que estaba muy pálida. Pero aún tuvo arrestos para dirigirme una maravillosa sonrisa.

—Señor Willsey, se ha portado usted como un valiente. —Se inclinó a mirar la destrozada máquina del tiempo—. De un modo especial al sacrificar su medio de transporte.

Eché a andar hacia ella. Plumrose podría fabricar otra máquina del tiempo. Pero las muchachas como Emily son di-fíciles de encontrar.

FIN

Título Original: Plumrose. © 1963.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.